

## **GÉNERO Y LECTURA: LA LECTORA DECIMONÓNICA EN SOCIEDAD**

*Pedro García Suárez*

*Universidad Complutense de Madrid*

Propongo en esta ponencia un análisis acerca del modo en que la heroína lectora perteneciente al movimiento realista y naturalista español es coartada por su entorno, dadas las transformaciones personales que se operan a raíz del ejercicio lector. A través de un recorrido por algunos de los personajes más conocidos de Pardo Bazán, Galdós y Clarín, se intenta reflejar cómo el nuevo ritual lector que se va imponiendo a lo largo del siglo XIX en relación a la mujer no solo modifica las aspiraciones internas de las heroínas, sino que influye de manera decisiva en su posición como agentes sociales.

Existen pocos movimientos literarios en los que exista una presencia tan masiva del personaje de la mujer lectora como en el realismo y en el naturalismo español. El nuevo modo lector que se impone a lo largo del siglo XIX en relación a la mujer, basado en una íntima y solitaria relación sin mediadores entre sujeto lector y libro y surgido a raíz de la nueva ociosidad burguesa que nace de los presupuestos que construyen el ideal del ángel del hogar, ostenta una posición fundamental en la obra de todos aquellos y aquellas novelistas que marcaron esta época. Debido a esta razón, la crítica ha prestado mucha atención al análisis de este personaje, focalizando en una posible intención autorial censuradora. Sin embargo, apenas ningún estudio ha ahondado en las transformaciones identitarias de género acontecidas inmediatamente después de esta inmersión en libros y, por ende, en la naturaleza performativa de lectura en sí misma.

Siendo este el objeto de mis investigaciones, propongo en esta ponencia un análisis acerca de la recepción por parte del entorno de la lectora de las nuevas transformaciones personales que se operan en este ejercicio, que se torna exploración y construcción. Desde una perspectiva foucaultiana, se presenta especialmente interesante el modo en que diversos personajes posicionados de maneras muy diversas en la sociedad en que se insertan se convierten en sujetos guardianes de una normatividad promovida por el nuevo proyecto burgués. Procedamos entonces a observar la dinámica que se establece entre dos tipos diferentes de lectoras -indagatoria y evasiva- y la sociedad que las rodea.

Para comenzar, centrémonos en aquellos personajes que utilizan la lectura como medio para indagar en sí mismos. Si observamos a estos en su conjunto, lo primero que debemos recalcar es el intento de erradicación por parte de su entorno de cualquier tipo

de construcción personal y autónoma. Toda configuración no dirigida a la integración en los parámetros asignados es negada y coartada.

Debido a la libertad –o libertinaje, si atendemos a la opinión más generalizada del entorno en la novela– en que la heroína pardobazaliana Clara Ayamonte, protagonista de *La Quimera*, es educada por el doctor Luz, nuestra lectora es censurada por el resto de mujeres que la rodean. El hecho de que el encargado de su educación no delimitase sus conocimientos en función del sexo de la heroína –es decir, que no recurriese a una educación genérica– es calificado como una extravagancia romántica:

–Pretenciosa, espiritada, romántica... La ha educado del modo más estrafalario su tutor [...] Clara tiene una posición excelente. Sólo que ¡la educación! Aquella cabeza es una olla de grillos; tantas cosas raras aprendió... Leyó cuanto quiso, estudió extravagancias... pero [...]. – Pero... corrección... y religiosidad... ¡ni pizca! ¡Más *shocking*! (Pardo Bazán, 2000: 80; cursivas del texto)

Sin embargo, el ejemplo más claro de censura exploratoria lo proporciona la heroína de Clarín. La relación entre sociedad y personaje en el caso de Ana Ozores cobra una importancia capital, ya que va a sufrir un continuo oscilar entre dos mundos que van a resultar incompatibles y contradictorios entre sí: su mundo interior y el mundo exterior<sup>1</sup>. Este ir y venir entre ambos la conduce a una deformación de su visión acerca de lo que realmente son, llevándola a establecer una dicotomía extremadamente polarizada y organizada en las categorías *bueno-interior* y *malo-externo* en la que no está en juego únicamente su identidad proyectada, sino también su nunca-encontrada identidad real dado que, dada la continua imposibilidad de realizarse en todos los planos, nunca llega a ser del todo definitiva: “Ana es la contradicción hecha mujer” (Ortiz Aponte, 1971: 50). Esta inseguridad provoca que “Ana Ozores, la Regenta, es vulnerable a estos cambios de identidad” (Proaño, 1988: 256).

La literatura va a jugar un papel fundamental en los acercamientos y alejamientos entre uno y otro, ya que, en líneas generales, todas sus lecturas van a estar enfocadas a su realización dentro de ella misma:

Los libros –y muy especialmente uno entre todos ellos– pierden también el carácter absoluto de su antigua autoridad y dejan de ser los vehículos de una verdad incontestable para convertirse

---

<sup>1</sup> Estoy de acuerdo con Bobes Naves (1984: 52) en que todo el odio que Ana profesa a los diferentes lugares que va habitando no resulta ser más que un problema interno. Aducimos aquí que se trata de una proyección de su repulsión hacia la misoginia que impera en la sociedad decimonónica: “Ana ha vivido en Madrid y en Loreto y ha viajado y vivido con su marido en Valladolid, en Granada, en Zaragoza, pero no encontró por allá nada diferente a lo que tiene en Vetusta [...] y esto se explica porque el problema de esta mujer no está vinculado a Vetusta como espacio físico, sino a ella misma como personaje”.

de forma progresiva en instrumentos que permiten a sus lectoras y lectores percibirse y comprenderse mejor a sí mismos. (Bollmann, 2007: 28)

Este proceso de división del mundo en dos esferas no complementarias entre sí va a comenzar en sus primeros años de vida. Entre otras muchas cosas, la ausencia de su madre, el acoso y la falta de amor por parte de doña Camila, y el aplastamiento del único aliciente de su vida –su amistad con Germán– condujeron a que “Ana que jamás encontraba alegría, risas y besos en la vida, se dio a soñar todo eso desde los cuatro años” (Clarín, 2011: 250). Esto era lo único que permitía a Ana poder ser feliz: el refugio en su imaginación y en todo lo relacionado con ella, explicando su afición a la literatura y a la escritura<sup>2</sup>:

Si doña Camila se acercaba a la puerta a escuchar por el ojo de la llave, no oía nada. La niña con los ojos muy abiertos, brillantes, los pómulos colorados, estaba horas y horas recorriendo espacios que ella creaba llenos de ensueños confusos, pero iluminados por una luz difusa que centelleaba en su cerebro. (250)

Como resultado, comienza a elaborar la imagen de una realidad exterior sórdida, opresora y cruel. Una imagen que ya siempre arrastrará consigo: “aquellos recuerdos de la niñez huyeron, pero la cólera que despertaron, a pesar de ser tan lejana, no se desvaneció con ellos” (226). Una realidad cuya consecuencia será la de la temprana construcción de un mundo interior tan complejo como su relación con la literatura:

Así como en la infancia se refugiaba dentro de su fantasía para huir de la prosaica y necia persecución de doña Camila, ya adolescente se encerraba también dentro de su cerebro para compensar las humillaciones y tristezas que sufría su espíritu. No osaba ya oponer los impulsos propios a lo que creía conjuración de todos los necios del mundo, pero a sus solas se desquitaba. El enemigo era más fuerte, pero a ella le quedaba aquel reducto inexpugnable. (258)

Doña Camila es, en su infancia, el símbolo más claro de esa injusta realidad pero, sin embargo, no quedará exento el resto del entorno más próximo que también condenará su inocente aventura con Germán y serán capaces de juzgar hasta la pureza de su madre ausente. Este mundo exterior influirá incluso físicamente en su adolescencia:

---

<sup>2</sup> El tipo de castigos suministrados por el aya inglesa permiten comprender la sólida y binaria construcción de Ana del mundo en dos esferas no complementarias entre sí. El encierro al que queda sometida enciende el prurito subversivo hacia su futura posición como mujer: “This punishment symbolizes, foreshadows, and shapes Ana’s role as a woman in society, for it is a punishment by imprisonment in the house” (Schwyfter, 1982: 230).

Entre doña Camila y don Carlos habían ajado las rosas de su rostro; aquella turgencia y expansión de formas que al amante del aya le arrancaban chispas de los ojos, habían contenido su crecimiento; Anita iba a transformarse en mujer cuando parecía muy lejos aún de esta crisis; estaba delgada, pálida, débil; sus quince años eran ingratos, a los diez tenía las apariencias de los trece, y a los quince representaba dos menos. (263)

Su estancia en Madrid tampoco resulta mucho más positiva. Ana sigue sin lograr sentirse cómoda en un espacio que intuye a través de sus sentimientos junto a unas personas entre las que no consigue encontrar su lugar. Por ello, siempre desea volver a la aldea, donde preserva sus buenos recuerdos con Germán y, sobre todo, donde consigue disfrutar de su soledad. En aquella intimidad puede hacer uso de los libros de la biblioteca de su padre: “La pobreza en Madrid tiene que ser resignada o cursi. Aquellas vecinas eran cursis. Anita no podía sufrirlas; le daban asco ellas, su tertulia y sus teatros. Pronto la llamaron el comino orgulloso, la mona sabia” (263).

Pero la repentina muerte de este la va a conducir al espacio en el que permanece el resto de sus días: Vetusta. Un lugar en el que, desde el principio, es tratada como una carga y una mercancía a vender al mejor postor. Por ello, su impresión sobre el mundo exterior continúa cargándose de negatividad, alimentando su cólera sorda y convenciéndola de su superioridad ante lo que la rodea. Será la misma sociedad vetustense la que aplaste sus ambiciones literarias, la que quiera colocarla en el lugar donde ellos creen que debe estar, y la misma que, al final, dará la espalda a nuestra heroína por no seguir el buen tono de la apariencia externa.

A pesar de sus múltiples intentos por ser una más en aquella masa vacía y volcada hacia el exterior, su mundo interior vencerá dejándola expuesta a la vejación y repulsión del otro mundo: “los cambios de identidad provienen no del yo original, sino de los elementos de la sociedad con quienes aquél convive” (Proaño, 1988: 256).

Hablaban mal de Ana Ozores todas las mujeres de Vetusta, y hasta la envidiaban y despellejaban muchos hombres con alma como la de aquellas mujeres. Gloucester en el cabildo, don Custodio a su lado, hablaban de escándalo, de hipocresía, de perversión, de extravíos babilónicos; y en el Casino, Ronzal. Foja, los Orgaz echaban lodo con las dos manos sobre la honra difunta de aquella pobre viuda encerrada entre cuatro paredes. (Clarín, 2009: 585)

Lo que había empezado por ser el mejor descubrimiento de su infancia acabará, cuando ya esté sola y abandonada por todo el pueblo, por convertirse en aborrecimiento y hastío. La heroína es consciente de que las expectativas que los libros le habían abierto habían sido las culpables de su posterior destrucción al existir la imposibilidad de ser llevadas a cabo en la esfera social:

Aborrecía los libros, fuesen los que fuesen; todo raciocinio la llevaba a pensar en sus desgracias; el caso era no discurrir. Y a ratos lo conseguía. Y entonces se le figuraba que lo mejor de su alma se dormía, mientras quedaba en ella despierto el espíritu suficiente para ser tan mujer como tantas otras. (589)

Por todo lo anterior, el mundo exterior aparece descrito con toda una serie de adjetivos negativos que componen una sensación de unidad frente a todo lo que se mueve en el interior de nuestra protagonista. Como apunta Ciplijauskaitė (1984: 47) en relación a Emma Bovary, pero perfectamente extrapolable a Ana Ozores: “en todas partes choca contra la estrecha moral burguesa, que estructuralmente se pone de relieve mostrando estructuras sociales iguales en todas partes”.

Como resultado, el caso más complejo es el de Ana Ozores, ya que sufre un doble acoso social. Por un lado, a lo largo de su desarrollo va a soportar los continuos intentos de convertirla en la mujer que debe ser –estos intentos no consiguen dar su fruto debido a la influencia de la literatura–. Por otro lado, su faceta como escritora va a ser reiteradamente atacada. La heroína clariniana es acusada de ser un híbrido entre hombre y mujer dado que “calificar de *masculina* a la mujer artista es la manera más simple de reconocer los logros de una mujer determinada, sin por ello cuestionar el axioma según el cual feminidad y creatividad son incompatibles” (Freixas, 2000: 131; cursivas del texto).

Por lo tanto, la mujer lectora no es indiscriminadamente tachada de *marimacho*<sup>3</sup>. Es la mujer que se inmiscuye en asuntos establecidos dentro del conjunto normativo masculino a través de los libros la que soporta estos calificativos<sup>4</sup>. Es el castigo a un intento de socavación de fronteras largamente construidas, de dilapidación a una estructura binaria que sostiene el orden social deseado.

En cuanto a la lectora que busca la huida de su prosaica situación, su falta de discernimiento entre fantasía y realidad es la culpable de que sean percibidas como

---

<sup>3</sup> Así lo explica Michelle Perrot (1993: 6-7): “El principio masculino es superior, pero las mujeres pueden acceder a él mientras que determinados hombres son de hecho femeninos: no es cuestión de naturaleza, sino de cultura”.

<sup>4</sup> Es el acercamiento de Ana Ozores a la escritura el motivo por el cual es vista como un ente híbrido. Del mismo modo, Alda Blanco (1998: 25) comenta como “a Emilia Pardo Bazán se la describía frecuentemente como mujer «viril», designación que señala claramente la todavía presente incompatibilidad entre feminidad y escritura a finales del siglo”. En este sentido, se pronuncia María Pilar de Sinués (1862, I: 215) respecto a la mujer que decide escribir al mismo nivel que un hombre, y no para un público femenino y con el objetivo de fijar la imagen patriarcal deseada: “No quiero a la mujer varonil. Quiero a la mujer enteramente femenina, con su llanto, su graciosa risa, sus coqueterías, en una palabra”.

mujeres extrañas, locas, literatas. Además de ser visto como una excentricidad, van a ser objeto de burla por parte de los demás.

Entre los pocos datos que dilucidamos, tenemos el ejemplo de Isidora Rufete. El aspirante a doctor dejará bien claro las premisas en que nuestra protagonista considera que debe moverse. Está muy bien que posea una instrucción básica, pero hay que atajar el deseo de que una mujer acceda al conocimiento:

–Mamíferos son coles. Vidita, no te me hagas sabia. El mayor encanto de la mujer es la ignorancia. Dime que el sol es una tinaja llena de lumbre; dime que el mundo es una plaza grande y te querré más. Cada disparate te hará subir un grado en el escalafón de la belleza. Sostén que tres y dos son ocho, y superarás a Venus. (Pérez Galdós, 2011: 124)

Y es que existe una fuerte censura dada la asociación existente entre la lectura femenina y el deseo transgresor. Una de las razones por las cuáles queda castigado todo ejercicio lector *desmesurado* o de obras supuestamente *perjudiciales*:

La identificación entre la lectura femenina y el deseo trasgresor no se ve únicamente en los textos médicos y manuales de conducta femenina publicados en la segunda mitad del siglo XIX. Que esta identificación forma parte del imaginario cultural de la época está reflejado en la abundancia de las representaciones no solo literarias, sino también visuales, de la figura femenina cuya lectura desenfadada resulta en su caída moral y social. En el terreno literario, solo hay que pensar en Ana Ozores o en Isidora Rufete, para mencionar dos casos ya muy comentados. Estas lectoras esquivan el control social y acaban siendo mujeres «desviadas», muy típicamente adúlteras, prostitutas, madres solteras, etc. (Tsuchiya, 2008: 139)

Leocadia Otero es objeto de mofa incluso entre su círculo de amigas por su afición a la lectura. Era un auténtico “vicio” que debe mantener en secreto. Podemos observar que el hecho de instar a sus amigas de Orense a que le renovasen sus suscripciones, va a provocar el apodo de “literata” por parte de sus amigas:

Fue la lectura su vicio secreto, su misteriosa felicidad. Cuando rogaba a sus amigas de Orense que le renovasen la suscripción en la librería, hacían ellas chacota y ponían a Leocadia el apodo de *literata*. (Pardo Bazán, 1999a: 658-659; cursivas del texto)

Isabel Godoy es igualmente ridiculizada por su entorno. Tachada de loca y asociada lingüísticamente con Don Quijote, su sobrino incluso intenta aprovecharse de ella: “«Ha llegado don Santiago Quijano y me ha dicho que la pobre está rematadamente loca. ¡Pobre señora! Visítala; sírvela en lo que puedas, y trátala con tacto y estudio para no ofenderla»” (Pérez Galdós, 2000: 141).

Charo, protagonista secundaria de *Rosalía*, además de aparecer caracterizada por “su poca cordura” (Pérez Galdós, 1984: 342), es una mujer “con la cabeza llena de novelas” que “se ha acostumbrado a tal modo a citarlas a cada paso que ha llegado al extremo de no decir cosa alguna de verdad” (335). A pesar de que “la índole de esta muchacha no tenía nada de mala” (39), es percibida como una mujer a la que es preferible no hacer ningún caso, dado que no posee “ninguna clase de principios” y, por ello, “solía cometer alguna sinrazón o torpeza, con que intentaba remediar su anterior debilidad, por lo cual, según hemos visto, la tan original intendenta era una interminable serie de malos pasos y tropezones” (341).

Si, como agentes sociales, el sexo de nuestras heroínas importa por la simple razón de que, en el terreno de juego, “la *categorización* es primordial, como *actividad mediadora entre el sujeto y su entorno*” (Pichevin y Hurtig, 1990; cursivas del texto), de la misma manera, interesa la manera en que ella comprende esa identidad como mujer y, al mismo tiempo, el modo en que es percibida por el entorno en el que interactúa. En las obras propuestas hemos comprobado cómo no se puede tener únicamente en cuenta a la heroína como sujeto independiente, ya que permanece en constante relación dialógica con el entorno, muchas a veces a su pesar.

Comprendiendo que la mujer se convierte en un objetivo principal a construir, entonces resulta igual de imprescindible la elaboración de un sistema mediante el cual no solo se regule lo que debe estar dentro y fuera de la norma que permite la *satisfacción* social del individuo, sino que castigue y expulse a lo nombrado como marginal o fuera de la norma. Sin embargo, hubiese sido bastante más complicado crear algo semejante a una prisión para aquella mujer que cometiese el delito de reformular el contenido del conjunto normativo que se la impone que, como percibimos en estas representaciones literarias, adoptar un sistema de penalización interna controlado por los mismos individuos que participan en la sociedad. Por lo tanto, como apunta Foucault (1990: 55), los textos apuntan a la adopción decimonónica de un sistema punitivo centrado en la “infamia”.

De esta manera, los autores seleccionados parecen haber construido una especie de representación teatral que sitúa a la heroína como foco de las acciones de los demás. Los actores y, asimismo, las actrices, convergen en su posición como agentes de la autoridad, o de la norma. El padre, la tía, la amiga o el esposo se han puesto de acuerdo para custodiar y regenerar a la *delincuente*, que ha cometido el grave pecado de

autodefinir en qué consiste *ser mujer*. Es más, se ha atrevido no solo a serlo, sino, en su papel de actriz, a representarlo.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blanco, A., “Escritora, feminidad y escritura en la España de medio siglo”, Iris M. Zavala (Coord.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, Barcelona, Anthropos, vol. V: *La literatura escrita por mujer: del s. XIX a la actualidad*, 1998, pp. 9-38.
- Bobes Naves, M. del C., “Los espacios novelescos en «La Regenta»”, *Los Cuadernos del Norte: Revista cultural de la Caja de Ahorros de Asturias*, 23 (1984), pp. 51-57.
- Bollmann, S., *Las mujeres, que leen, son peligrosas*, pról. Esther Tusquets, 5ª ed., Madrid, Maeva, 2007.
- Ciplijauskaitė, B., *La mujer insatisfecha: el adulterio en la novela realista*, 1ª ed., Barcelona, Edhasa, 1984.
- Clarín, L. A., *La Regenta*, ed. Juan Oleza, Madrid, Cátedra, vol. II, 2009.
- Clarín, L. A., *La Regenta*, ed. Juan Oleza, Madrid, Cátedra, vol. I, 2011.
- Foucault, M., “La sociedad punitiva”, Fernando Savater (Presentación), Julia Varela (Ed.), Fernando Álvarez Uría (Trad.), *La vida de los hombres infames: ensayos sobre desviación y dominación*, Madrid, La Piqueta, 1990, pp. 47-68.
- Freixas, L., *Literatura y mujeres: escritoras, público y crítica en la España actual*, 1ª ed., Barcelona, Destino, 2000.
- Ortiz Aponte, S., *Las mujeres de "Clarín": esperpentos y Camafeos*, [Río Piedras], Edit. Universitaria, 1971.
- Pardo Bazán, E., *El cisne de Vilamorta*, Darío Villanueva (Ed.) y José Manuel González Herrán (Pról.), *Obras Completas (Novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, imp., vol. I: *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina; Un viaje de novios; La Tribuna; El Cisne de Vilamorta*, 1999, pp. 641-826.
- Pardo Bazán, E., *La Quimera*, Darío Villanueva (Ed.) y José Manuel González Herrán (Pról.), *Obras Completas (Novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, imp., vol. V: *La Quimera; La sirena negra; Dulce dueño*, 2000, pp. 1-400.
- Pérez Galdós, B., *Rosalía*, ed. Alan Smith, 2ª ed., Madrid, Cátedra, 1984.
- Pérez Galdós, B., *El doctor Centeno*, 1ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- Pérez Galdós, B., *La desheredada*, ed. Germán Gullón, 6ª ed., Madrid, Cátedra, 2011.



- Perrot, Michelle, "Historia, género y vida privada", Pilar Folguera (Comp.), *Otras visiones de España*, 1ª ed., Madrid, Pablo Iglesias, 1993, pp. 1-26.
- Pichevin, M.F y M.C. Hurtig, "La diferencia psicológica de los sexos: ¿realidad o construcción social?", Rosa Pastor Carballo [et al.], *Perspectivas actuales en la investigación psicológica sobre el sistema de género*, Valencia, Universitat, 1990, pp. 67-81.
- Proaño, F., "Cambios de identidad en Ana Ozores", Frank Durand (Ed.), *La Regenta de Leopoldo Alas*, Madrid, Taurus, 1988, pp. 250-257.
- Schyfter, S. E., "«La loca, la tonta, la literata»: Woman's destiny in Clarin's La Regenta", Gabriela Mora y Karen S. van Hooft (Eds.), *Theory and practice of feminist literary criticism*, Ypsilanti, Michigan, Bilingual Press, 1982, pp. 229-241.
- Sinués de Marco, Mª del P., *El ángel del hogar: estudios morales acerca de la mujer*, 3ª ed., Madrid: Administración (Imprenta española de Nieto y comp.), vol. I, 1862.
- Tsuchiya, A., "Deseo y desviación sexual en la nueva sociedad de consumo: la lectura femenina en La Tribuna de Emilia Pardo Bazán", Pura Fernández (Ed.) y Marie-Linda Ortega (Dir.), *La mujer de letras o la letraherida: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, pp. 137-150.